

EL FUTURO DE LAS RELACIONES
ENTRE ESPAÑA Y EUROPA

El futuro de las relaciones entre España y Europa

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. LUIS DíEZ DEL CORRAL (*)

I

Los estudios sobre el futuro que nos aguarda son más abundantes cada día. Siempre la conjetura del porvenir había preocupado a los hombres, pero nunca de manera tan obsesiva y con pretensiones tan científicas como en nuestra época. La novedad de la actitud delátase en la formación de nuevos vocablos o en la actualización de otros antiguos. Tal es el caso del término “futurible”, forjado por mentes hispanas en el Siglo de Oro, y escogido por Bertrand de Jouvenel como enseña de una empresa intelectual que ha sobrepasado ya el centenar de aportaciones debidas a colaboradores de la más diversa procedencia profesional y geográfica.

Debemos estar reconocidos los españoles a la utilización del término “futuribles”. Las ideas de los filósofos y teólogos españoles de los siglos XVI y XVII quedaron soterradas bajo la capa formidable de la posterior metafísica ultrapirenaica, y es raro ver que un vocablo de Vázquez, de Molina o, incluso, de Suárez, se abra camino hasta el punto de servir de enseña a una empresa internacional del pensamiento contemporáneo. Pero si el reconocimiento debe ser grande, el desconcierto resulta aún mayor. Por lo menos tal ha sido la

(*) Discurso leído en la Junta Pública inaugural del curso académico 1965-66 (9 noviembre, 1965).

experiencia del que os habla al releer las páginas que para los *Futuribles* de Bertrand de Jouvenel escribiera poco después de iniciada su publicación, hace casi un lustro. Justamente la insatisfacción que he experimentado con tal lectura me ha movido a plantearme de nuevo los temas entonces abordados, con el deseo de precisar algunos extremos sobre la base de lo que entonces fue dado a conocer con carácter privado y confidencial.

Difícil, en verdad, es la tarea de descubrir los futuribles en un mundo tan cambiante como el nuestro, donde múltiples factores, de la más diversa índole, contribuyen a configurar el porvenir. Pero quizá las dificultades sean mayores en el caso de España, a pesar de presentarse su trayectoria histórica desde hace varios lustros bajo un signo de estabilidad, y aun de estatismo. El contraste entre épocas en extremo quietistas y en extremo agitadas ha sido frecuente en nuestro país, y no favorece la previsión del futuro. Porque cuando éste se concibe como la continuidad inercial de una línea recta, más o menos pronto aparece otra línea que la corta penpendicular, trágicamente. Sólo se deja manejar el porvenir si se le considera no desde el esquema rígido de las coordenadas cartesianas, sino al modo flexible de las líneas orgánicas. No en vano el pensamiento auténticamente conservador de un Edmundo Burke se amoldó a los cánones formales del mundo biológico.

Si extendemos el concepto de “futurible” del ámbito en que surgiera al de los problemas políticos contemporáneos, el español no puede menos de reconocer que su historia es, de todas las europeas, acaso la que menos responde a las exigencias de tal concepto. Los futuribles, es decir, los “futuros condicionados”, resultan especialmente complejos en la historia española, y la “ciencia media”, la ciencia de los futuribles, aunque surgida hace casi cuatro siglos por el esfuerzo sutil de unas cuantas mentes ibéricas, se resiste a su empleo cuando se pretende aplicarla a la previsión de nuestro futuro político.

No es necesario recurrir a grandes especulaciones filosófico-históricas para darse cuenta de que el futuro hispano ha sido menos conjeturable que el de los otros pueblos de nuestro continente. Basta hojear una historia de la España decimonona para descubrir que está entreverada continuamente de cambios de constituciones y de gobiernos, de pronunciamientos y guerras civiles. Ciertamente es que durante los siglos XVI y XVII, y aun en el XVIII, la historia española discurrió más sosegadamente que las de Francia e Inglaterra, sacudidas por revoluciones y contiendas civiles. Incluso cabe pensar que entonces la estruc-

tura de la sociedad española pecó por exceso de estabilidad, pagándose muy caro sus consecuencias a lo largo del siglo XIX y del XX. En todo caso, nos tropezamos aquí con lo más extraño y desconcertante de la historia española: el cambio brusco de signo entre sus distintas épocas.

Lo más desconcertante para el historiador es que lo que de verdad ha cambiado en la historia hispana no han sido tanto los sistemas de gobierno o las estructuras sociales como la coyuntura histórica general, y de la manera más súbita. Prueba de ello es que las edades de la historia occidental han escogido, en buena medida, como escenario para definirse la Península Ibérica. Pues desde Pirene se suele datar el comienzo de la Edad Media, no por la invasión de los bárbaros del Norte, sino por la invasión de los árabes, acontecimiento mucho más cargado de consecuencias que el primero, y en especial para el país más occidental del Occidente. Pero el mismo país cuya constitución social y política quedó destruida por ese acontecimiento inaugural de la Edad Media, fue obsequiado más tarde con otro de signo totalmente distinto y también inaugural, esta vez de la Edad Moderna: el descubrimiento del Nuevo Mundo, que, junto con la hegemonía en el Viejo, consecuente a la subida de Carlos V al trono de España, la coloca en primerísimo lugar dentro de la Europa moderna.

No menos decisivo es el giro que para la historia de España significa el advenimiento de la Edad Contemporánea, que, en buena parte, acontece también en la Península. No hay que olvidar que el nombre de la plaza más popular del Imperio británico lleva nombre ibérico, Trafalgar y que en esta batalla la mitad de la flota aliada, más cuantiosa que la inglesa, estaba constituida por navíos españoles, con su base en el puerto de Cádiz, que entonces todavía rivalizaba con Londres en importancia comercial. La constitución política que en la misma ciudad se confecciona bajo el fragor de las armas, en 1812, es un documento de vasto alcance. Diputados de lejanas tierras americanas participan en las discusiones; Bentham le da su bendición. Unos cuantos años más tarde, europeos de otros países se enfrentan con la muerte para vivir políticamente de acuerdo con sus preceptos. En 1822 Londonderry desaconseja a Chateaubriand su propósito de intervenir en la Península, por temor a un fracaso... Mas poco después de estas fechas España deja de contar como potencia activa, e incluso casi como objeto de disputa, en la política europea.

II

¿A qué obedecen estos giros tan rápidos y radicales de la historia hispana y qué consecuencias debemos deducir de sus enseñanzas con el fin de no errar excesivamente en la previsión del futuro?

No es preciso recurrir a la suposición de fuerzas misteriosas que rijan los destinos de nuestra historia o, al menos, tal hipótesis conviene contrastarla con los datos más netos que aporta la geografía. Porque los cambios de épocas fueron producidos por acontecimientos muy concretos que tuvieron lugar en un área reducida de la Península. En efecto, Guadalete, en que se vino abajo la Monarquía visigoda; Palos de Moguer, de donde salió Colón; Sevilla y Cádiz, cabezas sucesivas del Imperio indiano, así como Trafalgar, se encuentran muy próximos, dentro de una zona de pocos kilómetros cuadrados. Es la zona más decisiva en la Península desde el punto de vista de su historia política y de su proyección internacional. La razón es obvia: constituye el auténtico finisterre europeo.

Subrayemos el adjetivo europeo. Porque los finisterres célticos que en España o Francia llevan este último nombre desde antiguo, son absolutos *finis terrae* frente a un océano ignoto, mientras que el finisterre andaluz es un término del continente europeo que lo articula con el africano y también, gracias a los vientos y mares propicios y a la escala de las Canarias, con el lejano continente americano. No es esto tan sólo. Allí se levantan las columnas de Hércules, límite del mar antiguo, y nudo ahora de comunicación con el Oriente a través del canal de Suez, y a través de los Dardanelos y el Bósforo con el inmenso Imperio ruso.

El valor geopolítico de la referida región andaluza bien lo evidencian en nuestros días la base naval de Rota y las aéreas que la rodean. Por encima de consideraciones ideológicas, la primera potencia mundial se vio llevada a firmar los acuerdos de 1953, renovados en 1963 con mayor realce de las cláusulas políticas. El decenio transcurrido, con la rápida evolución de las armas, había aumentado la importancia del dispositivo militar del Estrecho, en compensación de la más reducida que tenían los montados en Turquía e Italia. No sabemos qué destino aguarda a esta región terminal de Europa. La vertiginosa transformación de las técnicas bélicas puede acarrear muchas sorpresas, y acaso se disipen las amenazas que sobre ella se cierren en el caso de una conflagración mundial. Mas no parece arriesgado conjeturar que la región del Estrecho de Gibraltar será una de las

últimas cabezas de puente que Norteamérica esté dispuesta a abandonar en el Viejo Mundo.

En toda la redondez de la tierra no existe acaso un escenario geográfico en que la espléndida articulación de los elementos naturales se funda tan íntimamente con la fábula mítica y el peso de los acontecimientos históricos. La región del Estrecho cuenta entre sus curiosidades geográficas con la de un fantástico peñón que ya había llamado la atención de los antiguos, y que en la época moderna iba a permitir a una potencia extranjera dominar cómodamente la región, con escasos dispendios y riesgos, y sin tener en cuenta los intereses vitales del país al que pertenece tal accidente geográfico; antes bien, con la natural tendencia a procurar, si no formalmente su atraso, sí su aislamiento o, lo que es lo mismo, su vaciamiento político.

No deja de ser muy significativo y melancólico que justamente el año en que el Tratado de Utrecht reconocía la pérdida de Gibraltar, el emperador Carlos VI, el mismo príncipe que como pretendiente al trono madrileño había servido de pretexto para que ocupara la plaza la flota inglesa, decidiese levantar en el centro del continente la *Karlskirche* vienesa, con sus dos torres imitadas de la Columna Trajana, en póstuma conmemoración arquitectónica del lema *Plus Ultra* adoptado por su antecesor Carlos V. No se trata de meros formalismos simbólicos. De la importancia que tenía para la política española la pérdida del mítico peñón se dieron cuenta los que la dirigían durante el siglo XVIII, realizando reiterados esfuerzos diplomáticos y bélicos para recuperarlo. Pero la derrota naval de Trafalgar, a pocos kilómetros de Gibraltar, consumaría el derrumbamiento de las columnas de Hércules. No se harían esperar las consecuencias prácticas: la pérdida de los territorios ultramarinos, uno de los factores más decisivos del aislamiento y el marasmo de nuestra historia contemporánea.

Otros países europeos, Francia en primer lugar, padecieron también las consecuencias del monopolio de expansión europea que Inglaterra se arroga a comienzos del siglo XIX. Pero ningún país resultó tan afectado como España, porque ninguno había vivido tan intensa y vocacionalmente esa expansión, ni dependía tan vitalmente de ella. El *Plus Ultra* del vivir hispano no era algo episódico o añadido, sino que venía a constituir como su mismo impulso vital. Ya había impedido ese *Plus Ultra* en la Edad Media con su empresa continuada de reconquista y, de una u otra manera, su consigna se percibe en los

más apartados sectores de la vida cultural: desde las novelas picarescas a la mística de Santa Teresa.

De pronto, al inaugurarse la Edad Contemporánea, los horizontes se cierran en torno al suelo peninsular. El mecanismo de la vida económica española, de dilatadas dimensiones universales, ha de reajustarse a las nuevas y pobres condiciones. En 1827 las exportaciones quedan reducidas a la cuarta parte de las que se hacían antes de perderse las colonias. Como consecuencia de ello, en pocos años hay que duplicar el área de cultivo cerealista, desbaratándose el paisaje tradicional. La falta de los metales preciosos procedentes de las Indias produce una penuria en el erario público que perdura a lo largo de toda la centuria.

Lo más grave es, sin embargo, que el espíritu de aventura y expansión que todavía animaba al habitante de la Península pierde su campo de acción preferido. Pues no debe olvidarse que la verdadera incorporación de América, sobre todo de Méjico, a la cultura europea se efectúa en el siglo XVIII. La empresa se interrumpe de golpe, y el español queda reducido al pobre y angosto solar peninsular, angosto, cuando menos, y pobre para los acostumbrados a las magnificencias del Nuevo Mundo. Nada más revelador que el hecho de que el nombre de la batalla que pusiera fin a las guerras por su independencia, Ayacucho, sirviera para designar a un grupo de generales que en ella habían tomado parte y que descuella en la política peninsular por su afición a los pronunciamientos. El pronunciamiento viene a funcionar como sucedáneo de la aventura o la campaña americana, a partir del llevado a cabo, en 1820, por el ejército expedicionario en Las Cabezas de San Juan.

Pero poco importaba, por lo general, al resto de los europeos cuanto aconteciera en la España decimonona. Siguiendo una tendencia de desplazamiento iniciada en el siglo XVII, con el desarrollo del industrialismo capitalista los centros de gravedad política y económica del continente se encontraban muy al Norte de los Pirineos. La misma Andalucía, tan floreciente durante la época del predominio español, verdadero pilar de la política imperial y auténtica madre de América, había descendido hasta alcanzar uno de los niveles de vida más bajos en nuestro continente. Desde el Peñón de Gibraltar se la descubría hermosa, alegre, pobre e inútil. Se había quedado sin rumbo y sin destino, como un bote al que se le rompe el cable de arrastre.

Cabe pensar que, en algún modo, el cable ha sido de nuevo anudado con la firma de los Acuerdos hispano-norteamericanos. Se re-

plicará que la base de Rota viene a ser un Gibraltar más vasto. Pero justamente la vastedad del fenómeno transmuta su naturaleza. Resulta posible mantener el control de una posición estratégica contra la voluntad del país en que está enclavada, pero no una serie de posiciones exigidas por la moderna técnica militar, que penetran profundamente en el territorio nacional. La actitud de un Marruecos demuestra que el dominio militar de la región del Estrecho está condicionado por la actitud de los países adyacentes, pues no se trata de conseguir una formal cesión de territorio que vincula inexorablemente el porvenir, sino de lograr una colaboración efectiva. Quien estaba en Gibraltar podía desentenderse del destino de la Península, y aun pensar que su retraso o su anarquía redundaría en provecho suyo. Quien, de acuerdo con las necesidades de la moderna técnica, tiene que cuidar de un vasto dispositivo militar que se adentra en la Península, no puede despreocuparse de lo que pase en ninguna de sus ciudades.

III

Nos hemos entretenido tanto en las anteriores consideraciones por creer que el fenómeno crucial en que se cifran los rasgos más característicos de la política española durante los últimos ciento cincuenta años consiste en el aislamiento de la Península. Era una situación difícilmente comprensible para los europeos que, pobres o ricos, adelantados o retrasados, latinos, germánicos o eslavos, se veían envueltos, sin escape posible, en las vastas conflagraciones del siglo xx o, antes, en las tensiones de la paz armada decimonona, con sus guerras, más reducidas pero siempre amenazadoras en el horizonte.

La Península Ibérica queda fuera, una y otra vez, del campo de fuerzas de la geopolítica europea contemporánea. España puede servir de ocasión al desencadenamiento de los conflictos armados, como en el caso de la Guerra franco-prusiana, pero siempre acaba al margen de los sacrificios bélicos. No es ello prueba tanto de habilidad o de auténtico pacifismo como de pasividad. “El síntoma más grave de la situación española —escribía el joven Ortega y Gasset durante la guerra del 14 (1)— es que no haya podido ni querido intervenir en esta guerra.” Como si un pueblo europeo pudiera dejar de pagar su tributo al dios Marte. La sangre que se le escatimaba en las conflagraciones internacionales se derramaría con abundancia ante su altar do-

(1) «Una manera de pensar», en *España*, núm. 38, pág. 4.

méstico en contiendas fratricidas, hasta llegar a la última, que por sus dimensiones, sus implicaciones y su significado desborda la tipología de la guerra civil.

Pronto rebasó nuestra guerra el marco de una contienda civil, convirtiéndose en un conflicto de orden internacional en sus aspectos más diversos, desde el de la técnica militar hasta el ideológico. Era una forma violenta, trágica, de universalizarse la historia de un pueblo en régimen de extremado aislamiento. Por muy dispares que resultaran las interpretaciones del acontecimiento, por contradictorias que fuesen las actitudes, los intereses, y las ideas que estuvieran en juego, y sus resonancias por los más apartados parajes del planeta, una cosa es bien segura, y tanto más se evidencia cuanto más acusadas se nos presenten tales contradicciones: fue un acontecimiento que rebasó el horizonte peninsular, implicando de una u otra manera a los europeos, y aun a todos los humanos.

Guerras civiles había habido abundantemente en la Península a lo largo del siglo XIX, pero no pasaban de ser meros episodios de la vida española. Las potencias extranjeras se limitaban a someras intervenciones para procurar la paz, humanizar el trato entre los combatientes o favorecer cautelosamente a una de las partes de acuerdo con sus intereses. Los intelectuales y los literatos apenas se preocupaban de los tristes acontecimientos que se desarrollaban en la Península, como no fuese para aumentar el despego que muchos sentían por casi todo lo que les parecía hispánico. Pero un buen día, súbitamente, la Península se coloca en el centro mismo de la atención mundial, haciéndose tema vivo para tantos libros de poetas, de novelistas, de historiadores y filósofos. Fue un notable cambio, con doble vertiente: de un lado, en lo relativo al interés que lo español despertaba; de otro, por lo que respecta al nuevo modo literario, que parecía dejarse arrastrar por el *pathos* ibérico.

Resulta difícil imaginar a los grandes patriarcas literarios de la generación anterior participando activamente en los problemas ibéricos. Los literatos que imperaban por los años veinte: un Valéry, un Gide, un Thomas Mann, apenas si cruzaban los Pirineos para admirar en el Museo del Prado el más exquisito tesoro de la pintura occidental. Sus inevitables nostalgias meridionales iban hacia Venecia, hacia Florencia, hacia Roma. Tan sólo algunos escritores más abiertos al mundo del misterio, como Rilke, Hugo von Hofmannsthal o Claudel, sentíanse atraídos por los modos de vida hispánicos. Pero, de

pronto, en la cuarta década del siglo, la experiencia hispana se hace obsesiva para las más variadas corrientes literarias e ideológicas.

Trátase de una experiencia muy compleja, que hasta cierto punto supone en el extraño que la siente aceptación de algunos rasgos característicos del objeto mismo. La pasión, el partidismo típico de la vida española, parecían haberse infiltrado en las almas nórdicas de los comentaristas que, benévolos y transigentes en su patria, hacían resonar, y algunos continúan todavía haciéndolo, los clarines vengativos de la guerra civil. Mas lo cierto es que tales actitudes, cualquiera que sea el calificativo que merezcan, vienen a representar una insospechada incorporación de los asuntos y los modos de vida hispánicos al mundo europeo. Ser piedra de escándalo, ejemplo de inmolación o de martirio, es una forma extremada de estar presente.

En la época de la Restauración pocos europeos conocían la vida y el modo de pensar de su personaje más relevante, don Antonio Cánovas del Castillo, que fue, entre otras cosas, un gran europeo. De los escritores más representativos de la época apenas si se tenía noticia al otro lado de los Pirineos. Los nombres, las biografías o las obras de algunos españoles son ahora más conocidas fuera de sus fronteras. Cualquiera que sea la dosis de partidismo y de propaganda interesada que haya que descontar en el fenómeno, resulta evidente que a través de él se manifiesta una tendencia histórica que seguirá su curso en los años venideros. En la Europa de 1975 la vida y la cultura españolas tendrán una acogida más atenta, aunque sea para producir indignaciones, que en la Europa de 1920, y, desde luego, que en la de 1880.

Sobre todo, la masa de conocimientos habrá aumentado enormemente al proceder de un trato directo de pueblo a pueblo. El pueblo español ha solido tener buena prensa del otro lado de los Pirineos, pero a través de esquematizaciones más o menos románticas. Con el turismo de masas, muchas decenas de millones de europeos se han formado una imagen más fiel de la vida española, percibiendo virtudes que la adornan y que desde lejos no cabe apreciar. Hay pueblos que a distancia resplandecen con valores muy atractivos que se esfuman en el trato ordinario. El pueblo español no es de ellos. En la literatura, en la historia, en sus formas típicas de religiosidad, el celtibero resulta menos atrayente para los extranjeros que visto de cerca, en su cotidiano vivir.

IV

¿Cuáles serán los aspectos del fenómeno por el lado meridional de los Pirineos? Si el interés por las cosas de España, con unos u otros matices, parece que ha de crecer más allá de la Cordillera, ¿cabe esperar que el interés por las cosas europeas aumente también del lado de acá?

La pregunta, se argüirá, está mal planteada. Europa y España no son dos *partenaires* en igualdad de condiciones, desde el momento en que uno de ellos lleva abrazado y envuelto al otro, parte suya. Pero, de todos modos, su condición de miembro excéntrico de la comunidad europea, los prejuicios con que se ha visto la historia y la vida española por los extranjeros, y aun por los mismos indígenas, han sido tan acusados que cabe plantearse la pregunta en los términos referidos.

A la frase de Alejandro Dumas, "Africa empieza en los Pirineos", respondió Unamuno con una varonil aceptación del vejamen, proponiendo el cultivo de aquellas cualidades por las que el pueblo español difiere de sus vecinos europeos. Otros pensadores menos valiosos reaccionaron con una complacencia en la reclusión casticista. Entre las actitudes de autocrítica radical y de fácil condena o despego del otro ha ido configurándose una conciencia de diferenciación que resulta cada día más insostenible. El problema de España no es sino un aspecto, todo lo grave que se quiera, de un problema europeo más amplio. Hoy vemos con bastante claridad, por debajo de románticos prejuicios nacionalistas, que lo que creíamos más peculiar en la historia y en la mentalidad de los pueblos europeos no era, en buena medida, más que adjetivación de un patrimonio común.

Parece lógico, pues, suponer que durante los lustros próximos los españoles continuarán aprendiendo a ver su caso histórico como algo fuertemente matizado, sin duda, pero recortándose sobre un fondo de problemas comunes con los otros pueblos europeos. Es previsible que, a la par, esos pueblos europeos vayan descubriendo en el extraño semblante hispano más rasgos de familia. Datos muy concretos autorizan a pensar de esta suerte. Por comenzar con los más amenos: ¿quién podía imaginar a comienzos de la centuria que las más castizas formas de diversión ibérica se fueran a generalizar tanto al cabo de medio siglo, introduciendo sus dramáticas alegrías en tantos corazones europeos resecaos por el puritanismo o el industrialismo? Cierto es que tal proceso de generalización de las fiestas ibéricas lleva con-

sigo una adulteración inevitable, que con razón lamentan sus fervientes admiradores. El ritual baile andaluz se encuentra en trance de reducirse a convencional espectáculo de ballet. Las mismas corridas de toros hállanse expuestas a tal riesgo. El espíritu de lucro, el cine y las grandes revistas sensacionalistas, los adelantos de la veterinaria y el multitudinario turismo extranjero están a punto de trivializar la noble fiesta hispánica, haciendo de ella un espectáculo a la altura de cualquier vulgar espectador ultrapirenaico.

En el orden de la economía también se dan paradojas similares. No se suele poner de relieve que las zonas más industrializadas de la Península han sido justamente las más caracterizadas por su espíritu tradicionalista y antimoderno durante las guerras civiles del siglo XIX. Los políticos liberales a mediados de tal centuria no procedían de Bilbao o Barcelona, sino, en su mayor parte, de ciudades andaluzas que contaban, como herencia del siglo XVIII, con la burguesía más desarrollada y más activa del país, la más ligada al extranjero también. Las zonas de mayor arraigo carlista eran entonces regiones fundamentalmente agrarias, si bien hoy se cuentan entre las más industrializadas del país; mientras que esa Andalucía que ahora se nos aparece como una de las regiones de estructura social más arcaica hace poco más de un siglo figuraba a la cabeza por sus ideas y sus movimientos avanzados.

Tales cambios deben ser interpretados desde una perspectiva europea. Así lo exige el mismo emplazamiento geográfico de nuestras dos regiones más industrializadas, en los extremos del istmo pirenaico, por donde más fácil resulta la comunicación con el tronco del continente. Menéndez Pidal ha llamado la atención sobre el hecho de que cuando llega a pleno desarrollo cultural la España romanizada “forma un conjunto semejante en su distribución de fuerzas y valores al que ofrece la España moderna en otro momento imperial, en el tiempo de su más tensa unificación, durante los siglos de oro de su literatura”: durante una y otra época el “centro celtibero y la Bética dan todos los hombres representativos y gloriosos en las letras y la política”. “La semejanza entre estos dos momentos más brillantes de la España unificada —añade Menéndez Pidal (2)—, manifiesta esa unidad espiritual regida por ciertos principios orgánicos, ciertas energías vitales, perdurables en su acción y en su fuerza.” Mas

(2) *Historia de España*, tomo I, Vol. 1. Madrid, 1947, pág. LIV.

es preciso considerar también el contexto de ambas épocas de la historia de España —sin olvidar la extraordinaria que fue el alto medioevo islámico—. Durante ellas las instancias imperantes dentro del mundo occidental, tanto en el orden de la política como en el de la economía y la cultura, se encontraban a caballo de los paralelos que atraviesan la Península Ibérica o de los que pasan un poco más al Norte, mientras que a partir de la segunda mitad del siglo XVII se van desplazando decididamente hacia paralelos más septentrionales. De resultas de ello, como si fuesen atraídas por un poderoso imán, comienzan a destacar las regiones nórdicas de la Península.

Ya a principios del siglo XVIII la costa del Cantábrico y Cataluña, atrasadas respecto de las regiones centrales y meridionales de la Península durante los siglos XVI y XVII, empiezan a dar muestras de mayor empuje, para coger francamente la delantera al asimilarse los métodos de la primera revolución industrial que, progresando desde el Norte, penetra en la Península por ambos bordes del istmo pirenaico, sin conseguir avanzar hacia el interior del país, antes bien, produciendo la ruina de las fábricas esparcidas por el resto de sus provincias. Diversas causas deben ser tenidas en cuenta para explicar la reducida localización de la primera revolución industrial en el suelo de la Península. En primer lugar, la enorme riqueza minera de Vizcaya, que llegó a exportar cerca de 300 millones de toneladas de mineral de hierro con calidad excepcional entre los años 1896 y 1930, lo que sitúa a Bilbao en una posición de privilegio, acentuado por el fiscal que se deriva de los conciertos forales. Tendencias monopolísticas dentro del mercado español, resultantes en buena medida de una fuerte protección arancelaria, fortalecen también tal situación. Por lo que a Cataluña se refiere, la industria textil que en ella se desarrolla es de las menos propicias para promover el *take-off* general de la economía. A todo ello hay que añadir la conciencia regionalista que sobre bases lingüísticas y culturales se desenvuelve en ambas regiones.

¡Sorprendente contradicción! El regionalismo y el separatismo acúsanse en las provincias españolas más europeizadas, apoyándose en un proceso económico que a la larga tiende a objetivar y nivelar las relaciones sociales. Mas no cometamos la injusticia de acusar a las regiones que tomaron la delantera en el desarrollo económico y social del país, y que si acertaron a canalizar a su favor la protección oficial, más fue por su habilidad y su facilidad de adaptación que por manejar las riendas del poder. No se ha estudiado con el debido rigor por qué la primera industrialización del país se construyó con tanta exclu-

sividad a tales regiones. Cabe hablar del cumplimiento de una especie de ley geográfica en los países latinos, pues también Francia, y aún más Italia, están divididas en un norte industrial y un mediodía más agrícola y atrasado. Pero las diferencias resultan notorias: en esos países las regiones nórdicas industrializadas son más extensas que en nuestro país, y el adelanto económico no ha favorecido el desarrollo de una conciencia particularista. En Italia la región más separatista no es la Lombardía o el Piamonte sino Sicilia.

Puede argüirse también que la revolución industrial se inicia bastante más tarde en España, que faltaban los supuestos de una mentalidad científica y técnica, y que las condiciones adversas que comenzaron a perfilarse en los años anteriores a la primera Guerra mundial y se prolongaron en los lustros posteriores, interrumpieron el desenvolvimiento normal del proceso. El enriquecimiento del país durante esa guerra sirvió de muy poco para su desarrollo económico, que se vio pronto envuelto en las crisis económicas y políticas que caracterizaron al período comprendido entre las dos guerras mundiales. La misma Europa que durante su fratricida contienda había metido el dinero en los bolsillos españoles, se lo hurtaba al hacer imposible su fecundo empleo, brindando por el contrario el ejemplo de sus tratados internacionales mal concebidos, de sus erróneas doctrinas económicas y de sus peores teorías políticas, hasta que la gran crisis del año 29 echa por tierra los fatigosos esfuerzos realizados para alcanzar los niveles económicos anteriores a la Guerra mundial y abre las puertas a la segunda.

Ni la descomposición del régimen constitucional, ni la Dictadura de Primo de Rivera, ni la caída de la Monarquía, ni los vaivenes de la República hasta desembocar en la guerra civil, son históricamente comprensibles sin tener muy en cuenta el triste telón de fondo que ofrece la sociedad europea entre las dos guerras mundiales: con toda probabilidad, el capítulo menos inteligente de la historia europea.

V

La estampa que ofrece Europa a España un lustro después de acabarse la segunda conflagración mundial resulta mucho más esperanzadora que la que le presentaba tras la primera, a pesar de no haber sido tan cruenta y desastrosa. Es algo más que una mera estampa; constituye un conjunto de elementos activos que por su cuenta penetran en nuestra Península, sacándola de su marasmo y forzándola

a buscar nuevos equilibrios, mucho más dinámicos que en el pasado.

España se ve envuelta por una nueva coyuntura histórica de signo contrario a la del siglo XIX, y cuyos rasgos esenciales son demasiado conocidos para que necesitemos mencionarlos. De pronto, un fuerte viento comienza a soplar en la popa del bajel hispano, y hasta suben a bordo peritos en el despliegue de las velas, que al mismo tiempo enrolan para otras más osadas navegaciones a tripulantes y pasajeros que quedan sin empleo al transformarse de prisa una economía fundamentalmente agraria en una economía industrial. Naturalmente, aunque el fenómeno parezca simple, son múltiples y complejos sus factores determinantes: una nueva revolución industrial, una certera utilización de las técnicas económicas, la pérdida de los Imperios coloniales y la falta de confianza en los países recién independizados, una mayor generosidad en el empleo de las inversiones de capital como resultado de la objetivación del proceso tecnológico y de unas reglas de competencia a gran escala, etc.

Operan también factores que se mueven en las capas más elementales de la psique humana. Con la facilidad que ofrecen los nuevos medios de transporte, el primitivo instinto de la *Völkerwanderung* parece reverdecer en las masas ciudadanas, y como protesta contra las presiones de la sociedad industrial les acomete una especie de tendencia regresiva hacia las formas más primarias del trato con la Naturaleza y las satisfacciones corporales. A las capas más selectas de visitantes la Península les ofrece, con la variedad de sus regiones, un muestrario geográfico-histórico que va desde casi la prehistoria hasta los rasca-cielos, desde los fiordos noruegos hasta los desiertos de Arabia, como muy bien saben los productores de películas.

Resultado de todo ello es la gratuidad aparente de las aportaciones económicas que viajeros de toda especie traen a la economía española y que llegan pronto a sobrepasar el valor de las mercancías exportadas, a pesar de que a su apreciación contribuye generosamente la Naturaleza. Hasta el tercer decenio de nuestro siglo España exportaba fundamentalmente productos del sol y de las entrañas de la tierra: frutos y minerales. Casi agotadas las célebres minas ibéricas, la aplicación de las técnicas más precisas de cálculo demostraba que después de nuestra guerra civil lo que España enviaba al extranjero consistía fundamentalmente en sol. Desde hace unos cuantos años ya no hay que tomarse el trabajo de exportarlo, pues se consume a domicilio. Y a tan sutil y cuantioso capítulo de ingresos añádese otro no menos

confortable constituido por las transferencias de los obreros que bajan en los países más industrializados del continente.

La Providencia parece haber otorgado a nuestro país un nuevo Potosí, sin la serie de esfuerzos que exigía la explotación del Rico Cerro. No es ocioso traer a cuenta las célebres minas peruanas, tesoro y miseria a la par de nuestra economía clásica, pues por deformaciones ancestrales la mentalidad económica del país se muestra muy inclinada al señuelo del dinero contante y sonante, por el que se abandonan actividades más sanas y productivas, corriéndose el riesgo de caer en defectos radicales de estructura. A 84.907 millones de pesetas ha ascendido la cifra de nuestras importaciones durante los seis primeros meses del año en curso, frente a los 26.186 millones que arrojan las exportaciones; es decir, menos de la tercera parte, lo que supone un déficit en la balanza comercial equivalente a 2.000 millones de dólares. Es ésta una inveterada dolencia de la economía española, y apenas si ha cambiado la forma de remediarla: seguimos aguardando la llegada de los galeones de la plata.

Es curioso que el país americano que nos los llenaba en el siglo XVIII, también, a su modo, los está hoy día esperando. Méjico ofrece en la actualidad muchas semejanzas con la antigua metrópoli por lo que se refiere a su desarrollo económico. También allí los factores impelentes son el turismo, las transferencias y las inversiones de capital extranjero. También allí la razón básica de tales fenómenos es la misma: la proximidad geográfica a zonas de rebosante prosperidad. La comparación con los demás países de lengua hispánica lo confirma. Ninguno de ellos muestra índices de crecimiento industrial y de aumento de la renta nacional comparables con los de Méjico y España.

W. W. Rostow, en su conocido libro *The Stages of Economic Growth. A Non-Communist Manifesto* (3), ha analizado las múltiples modalidades que presenta el fenómeno del *take-off*, promovido bien por exportaciones de tejidos, en el caso de Inglaterra; bien por exportaciones de trigo, madera o seda, en los casos respectivamente de Canadá, Suecia y Japón; por importaciones de capital que permiten la explotación de las riquezas naturales del país, etc. No se analiza, sin embargo, en el libro la modalidad que podríamos llamar “contagio físico de la prosperidad”, discernible tanto en el caso de la antigua Nueva España como de la vieja, por ser una modalidad de carácter secundario, que requiere la maduración previa de otras economías hasta

(3) Cambridge University Press, 1960, pág. 4.

un grado de prosperidad rebosante, la cual sólo se ha producido en la sexta década del siglo; es decir, cuando ya estaba concebido el libro.

Trátase de una modalidad al mismo tiempo prodigiosa y peligrosa por la esencial dependencia que implica del sujeto favorecido. La economía en él se levanta rápidamente por apoyarse en el muro medianero de otro edificio económico, y cabe por consiguiente permitirse el lujo de ocuparse en los adornos del tejado antes de estar bien asentados los cimientos. Así, en el caso de España, el sector terciario, de servicios, o las industrias de la construcción y de determinados bienes de consumo se han desarrollado muy de prisa sin contar con el apoyo de las industrias de base o del sector primario. Mientras que la venta anual de aparatos de televisión se cifra en centenares de miles, el parque de tractores durante los siete primeros meses del año en curso sólo se ha incrementado en 9.623 unidades, frente a las 13.000 matriculadas en España a lo largo de los siete primeros meses de 1963, o las 37.000 matriculadas en Francia durante los cinco primeros meses del año actual. En cuanto a la transformación jurídico-económica de los millones de empresas agrarias sin rendimiento racional, se va realizando con lentitud desazonante por los organismos de la Administración pública, o se la deja entregada a los traumatismos del mercado. La plata que traen los nuevos galeones sirve para llenar las lagunas de una deficiente producción agropecuaria, con importaciones capaces de agravar aún más la situación del campo español.

VI

Con todo, lo coyuntura general es tan favorable que múltiples datos de la economía española resultan muy esperanzadores, cuando no revelan los extraordinarios avances realizados, que van desde la producción de energía eléctrica a la de los materiales vítreos o los abonos nitrogenados. Los distintos grupos sociales adaptan con desconcertante facilidad a las nuevas formas de vida de la sociedad industrial. Ello constituye una gran sorpresa para los que pensaban que el pueblo español está vinculado por rigurosas tradiciones, cuando la verdad es que las que se tomaban por tales no pasan de ser formas de vida vetustas, de las que se desprenden los que las soportan en cuanto las circunstancias lo permiten. La liquidación de los palacios madrileños en muy pocos años, o la adaptación universal de las bebidas y los bares americanos son buena prueba contra el supuesto arraigo tradicional de la vida española.

Mas, dejando aparte estas consideraciones, las estadísticas aseveran que en bastantes ramas de la producción industrial las cifras *per capita* se aproximan a las europeas. En cuanto al empleo, es prácticamente total, gracias a la válvula de seguridad que la emigración de la mano de obra significa, la cual sirve también de acicate para una elevación de los salarios. Verdad es que tal elevación se lleva a cabo de manera desigual, y que también se advierten graves irregularidades en el desarrollo de la industria: sectores en estacionamiento frente a otros en expansión hasta puntos de tensión, fenómenos de estrangulamiento, deficiencias de estructura, etc.

Las técnicas económicas que hoy día se conocen y aplican con facilidad permiten diagnosticar y corregir tales defectos. Los informes de los grandes organismos internacionales sobre la situación de la economía española son, con las debidas cautelas, optimistas. Pero cabe preguntarse si las meras correcciones en el plano económico resultarán suficientes, y si no son precisas modificaciones de fondo en las estructuras jurídico-políticas para que el proceso económico siga su curso, realizado de una manera concluyente el *take-off* y poniéndose en marcha hacia una fase de *maturity*, por emplear el vocabulario de Rostow.

No se deja llevar este autor por prejuicios ideológicos. El primero de los citados momentos ha podido verse favorecido en su iniciación por las prescripciones rigurosas de un régimen extremadamente autoritario, que impuso los sacrificios sociales inherentes a las primeras fases del despegue. En este sentido, el liberalismo inglés fue un régimen extremadamente autoritario frente a la masa trabajadora, como pensaba Marx, por lo menos hasta mediados de siglo. Pero a medida que una economía se desarrolla, los mecanismos jurídicos, sociales y políticos han de hacerse más flexibles y dúctiles, para adaptarse a las exigencias más complejas que aquella plantea, a la par que va creando la posibilidad de que tales mecanismos se constituyan. Si tenemos esto en cuenta, nos resultará menos difícil de comprender que países con regímenes tan autoritarios, a la par que tan promotores de la industrialización, como Alemania y el Japón, hayan entrado después de la guerra con paso seguro por el camino de una democracia parlamentaria, sobre la base de una comunidad de convicciones y métodos de actuación entre los partidos y los grupos sociales.

Hoy en día parece posible extender a los regímenes políticos de casi todos los países altamente industrializados de Occidente lo que McKenzie afirma de los partidos políticos ingleses: “La *conformidad*

en lo fundamental es tan grande que dos estructuras monolíticas se enfrentan esgrimiendo furiosos argumentos sobre las discrepancias relativamente reducidas que los separan”. Mas para llegar a esta envidiable forma de hostilidad política ha habido previamente que plantearse los problemas en un clima de objetividad racional y de libertad, al mismo tiempo que se iban perfilando las circunstancias concretas que relativizan los antagonismos entre las clases. La despolitización no es sin más apoliticidad, sino fruto de una determinada politización que ha sabido producir las condiciones adecuadas para convertirse en algo liviano y mostrenco. Se habla de desideologización de la política y de su tecnificación, pero la verdad es que esta tecnificación no es más que el remate de un proceso de integración ideológica total.

Europa, la Europa que marcha a la cabeza del desarrollo económico y que nos enriquece, nos brinda este ejemplo, y también el de su unificación. Pero aquí el ejemplo es más equívoco, puesto que nos ofrece dos: el de la Europa interior de los Seis, y el de la Europa exterior de los Siete, con sus enfrentamientos e intentos de aproximación bien conocidos, que dificultan la previsión del futuro. Cuando escribí mi contribución a los *Futuribles* de Jouvenel, la causa de los Seis parecía ganadora. A lo largo del decenio 1951-1961 los países del Mercado Común habían acusado índices de crecimiento superiores a los de Inglaterra y Estados Unidos. Pero durante el año de 1964 estos dos países han progresado más de prisa que los del Mercado Común, pues Italia y Francia se han visto obligadas a tomar medidas restrictivas para frenar el alza de precios, a la vez que la expansión.

La situación se complica porque a las variables que representan los factores de orden económico se añaden los de orden político. Estos son menos acusados en la organización de los Siete, la EFTA, por la misma dispersión geográfica de los miembros y la doctrina económica que confiesan; pero en el caso del Mercado Común, la contigüidad geográfica de los países que lo componen y los deseos de fortalecer su solidaridad les ha llevado a querer consagrar la organización económica con referencias a paradigmas históricos de una Europa unitaria y esencial, aunque fuesen tan arcaicos como el del Imperio de Carlomagno. Que esta última referencia no es algo meramente retórico lo prueba el celo con que se ha mantenido la “pureza europea” de sus miembros, excluyendo a los contaminados por preocupaciones extraeuropeas —como si lo propio de Europa no hubiese sido contaminarse con todo lo existente en el Universo—, así como la tendencia a politizar la dirección de los asuntos, convirtiéndose en mando po-

lítico, personal y no colectivo, según lo reclama para sí en nuestros días otro “príncipe” también llamado Carlos.

La actitud de un español ante los Seis y los Siete no puede menos de ser perpleja. Por un lado, la situación geográfica de su país y su proyección histórica universalista lo sitúan en el último grupo; de otro lado, sus intereses económicos y el idealismo político le empujan hacia los Seis. Acaso no se trate de una alternativa entre términos verdaderamente antagónicos, y es posible que la crisis del Mercado Común acabe conmoviendo la seguridad exclusivista de alguno de sus miembros y procurando un equilibrio armónico entre los dos grupos de países europeos. Cabe también pensar —según ocurre entre los altos funcionarios de las Comunidades de Bruselas— que, en definitiva, la vía más segura para ingresar en el Mercado Común se la ofrecía a España, indirectamente, el *Club* de los Siete, menos exigente para la entrada de los socios, y hacia el que la empujaba su misma situación geográfica y política.

En todo caso, la crisis del Mercado Común no se presenta como fenómeno pasajero. Los rápidos éxitos iniciales sembraron la confusión sobre la índole de su estructura económica, que se parece mucho más a un concierto comercial que a una verdadera comunidad de esfuerzos técnicos e industriales. “Las causas del fracaso del Mercado Común —ha escrito Raymond Aron (4)— no hay que buscarlas ni en el plano monetario ni en el comercial, sino en el plano propiamente industrial. Resúmese en una proposición simple: cuando una empresa francesa o italiana se encuentra en situación difícil suele tratar de remediarla recurriendo no a una empresa del mismo sector perteneciente a otro país del Mercado Común, sino a una empresa americana. Así la *General Electric* ha adquirido sucesivamente el control de las *Machines Bull* y del departamento de ordenadores de *Olivetti*. El mercado europeo de máquinas electrónicas va a ser un campo cerrado donde competirán dos corporaciones americanas, la *General Electric* y la *IBM* (4).

Por su parte, el Canciller Erhard no ha tenido inconveniente en declarar: “El dogma de la unificación europea nos impide comprender la noción, mucho más realista, de Comunidad Atlántica, lo único capaz de responder a la realidad de mañana, lo único a medida de la competición entre el Este y el Oeste”. En tanto que españoles, es decir, miembros del círculo exterior y expansivo de Europa, no podemos

(4) *Le Figaro*, 9 de marzo de 1965.

menos de asentar al mensaje de una Comunidad Atlántica, cuyo primer centro fue Sevilla. Menguada programa el de una Europa reducida a su tronco continental, con menoscabo de las penínsulas e islas que la circundan. Los logros alcanzados por el Mercado Común no deben perderse; mas para que arraiguen y crezcan es preciso ampliar los horizontes. De esta suerte, España podrá ocupar el lugar que le corresponde en el continente europeo, al que tanto debe en estos momentos, y al que tanto ha dado y puede dar en el futuro.